

# análisis

SEPARATA



## A 15 AÑOS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA

Fernando Castillo

---

Texto completo del discurso del ex Rector de la Universidad Católica en el acto organizado por la Academia de Humanismo Cristiano y la Parroquia Universitaria.

---

Hemos venido aquí para evocar hechos del pasado; para recordar una historia. Una historia que, para algunos de nosotros encierra la parte más preciada de nuestras vidas; que para otros, marca el tiempo de aprendizaje y la madurez como hombres y, por último, para muchos jóvenes de la actual generación, toda esta historia es algo más lejana, anterior a su tiempo, que trasciende solamente como la evocación de un mito, o una alucinación de hechos, que tal vez nunca ocurrieron.

Pero, en verdad esos hechos ocurrieron y por eso hemos venido a recordarlos y revivirlos; no como un pasado ya muerto y sin sentido, sino como una alegre fiesta que pone al día recuerdos y personas que fueron protagonistas de una empresa humana que perdura más allá de su tiempo y conserva toda su vigencia.

Quiero decir que no venimos aquí a lamentarnos por la extinción de algo que ya pasó.

Quiero decir que venimos aquí para festejar, para cantar y para reír, porque no han muerto las esperanzas y la fe con que emprendimos las tareas y porque estamos seguros de que hoy nos encontramos, otra vez, en el umbral de la luz.

Es cierto que hemos vivido años de penas y tinieblas. Tinieblas que pudieron cubrir y ocultar los rostros de aquellos estudiantes que en la década del 60 fueron creando y desarrollando la idea de comprometer a la juventud, en la gestión universitaria, para que la Universidad asumiese su compromiso con la cultura, con el desarrollo y con la liberación del pueblo.

En esa lucha quedaron enclavados para siempre y como hitos de un hermoso camino, los nombres de Claudio Orrego, Andrés Varela, Manuel Antonio Garretón, Fernán Díaz, Carlos Eugenio Beca y Miguel Ángel Solar. Ellos, con alegría de fiesta, con vocación de misioneros, con valor de mártires, sin



# SEPARATA

odios y sin aspirar a la venganza —cada uno en su tiempo— fueron los que juntos en agosto de 1967, triunfaron.

Se tomaron la Universidad para expresar la firme decisión de que el Rector fuese elegido y no impuesto por un acto de fuerza. Que la Universidad fuese el lugar donde la inteligencia e imaginación humana pudiesen crear libremente las condiciones que permitiesen al hombre vivir en un mundo de justicia y solidaridad. Que la Universidad orientase reflexivamente, a través de la investigación, la educación y la extensión universitaria el proceso del cambio social. Que la Universidad no reflejara pasivamente la ideología e intereses de minorías o grupos particulares. Que la Universidad orientara e interpretara los procesos de cambio, para conformar la conciencia crítica, necesaria para el desarrollo independiente del país.

Estas fueron las reglas del juego, que estudiantes y profesores progresistas propusieron a la Comunidad Universitaria, como bases para la tarea. Después hicieron entrega de los recintos universitarios a las autoridades, que una incipiente, pero digna democracia, las legitimizaba ante los ojos de la Comunidad Universitaria.

No recuerdo que después del triunfo haya habido ni un solo acto de fuerza bruta, de expulsión arbitraria, de disparos implacables.

## EL VALOR DE LOS RECUERDOS

Pero retrocedamos a lo que dije al iniciar estas palabras: **"cual es el sentido y el significado que tiene el proceso de reforma"**; cuál es el valor de los recuerdos, para los que entonces éramos profesores; qué significado tiene y tuvo para los que eran los estudiantes de esa época; y, por último, cómo podemos transmitir este pasado a la juventud universitaria de hoy, que vive atrapada, sin comprender —porque todo le es tergiversado y ocultado— los valores de la política; la importancia de la participación comprometida; las posibilidades que entrega el currículum flexible como instrumento para una formación totalizadora y verdaderamente culta de ellos mismos.

Para nosotros, los que éramos profesores de la Universidad, nuestros recuerdos comienzan precisamente aquí, entre estas paredes, cuando en una mañana de agosto nos reunimos para elegir una lista de nombres de académicos que pudieran asumir la conducción del proceso de democratización del poder en la Universidad Católica de Chile.

Contábamos con los estudiantes que, lealmente, querían una solución a sus planteamientos por una participación comprometida, teníamos la presencia permanente del Cardenal, quien, como padre com-

prensivo, escuchaba, entendía, proponía y convocaba.

Por otra parte, más allá de las puertas de la Universidad, había un gobierno que creía en la juventud, como fuerza creadora y participante. Fundado ese gobierno en la democracia y en la plena libertad, permitió que el proceso se desarrollara sin abusar de la fuerza o de alguna indebida presión. Restablecidas las actividades académicas, la Comunidad Universitaria fue convocada a un debate amplio y profundo, democrático y participativo, en el cual determinamos las bases doctrinarias en que se debiera fundar la Universidad renovada.

Nuestros horizontes eran los acuerdos de Buga, cuando el Consejo Episcopal Latinoamericano ratificó el compromiso de la Iglesia con la liberación de los pueblos y el compromiso de las universidades católicas para institucionalizar nuevas formas de organicidad entre el saber teológico y el humano.

Quien meditaba profundamente sobre estas materias, y que había sido co-redactor de los acuerdos de Buga y que nos trasmitía sus principios y valores, que utilizábamos en la elaboración del proyecto universitario, era el Padre Hernán Larraín Acuña, de la Compañía de Jesús.

Recordándolo a él, mi mejor amigo, quiero evocar a todos los que entonces trabajaron en la gestación de una Universidad Católica. Tan católica que, en sus estatutos, fue capaz de expresar lo siguiente: **"artículo 2. La Universidad Católica de Chile integra y expresa oficialmente el aporte iluminador de la fe católica para la búsqueda de una visión de totalidad en el conocimiento humano"**. En otro artículo dice: **"Corresponde especialmente a la Universidad Católica institucionalizar el diálogo entre la fe y el conocimiento de origen natural, respetando la plural convivencia de ideas, ideologías y creencias religiosas dentro de ella y en el país"**.

Las primeras conclusiones del debate nos llevaron muy pronto a establecer los objetivos básicos de la política universitaria:

1. El anhelo sin límites de vivir en democracia.
2. El afán por establecer un compromiso entre la Universidad y su pueblo, por cierto que con un pueblo libre para decidir su historia, capaz de elegir a sus autoridades y resolver pacíficamente sus conflictos.
3. La convicción que la Universidad puede solamente cumplir su cometido, en un régimen de plena libertad; libertad para organizarse a sí misma, o autonomía universitaria; libertad para investigar, enseñar y comunicarse; libertad de los profesores para darse sus autoridades y para ejercer la docencia; libertad para expresar sus ideas, discutir y organizarse a través de organismos representativos y jamás, bajo ningún pretexto, sometidos a una ideología



oficial ni obsecuente al poder superior.

Ese fue nuestro proyecto en el cual pusimos toda nuestra voluntad. Mucho fue lo que avanzamos por ese camino. Avance que a los ojos de los que hoy detentan el poder y usan los medios de difusión, les hace juzgar el proceso de Reforma de las Universidades chilenas diciendo que éstas, entre los años 67 y 73, habían sido prácticamente destruidas y su quehacer politizado y rebajado de calidad. La verdad, sin embargo, es otra. La Universidad gozó de plena autonomía; jamás los gobiernos de la época, de los Presidentes Frei y Allende, intervinieron en los asuntos internos. No hubo entonces Universidad vigilada, ni sus rectores fueron delegados del poder político; la Reforma aseguró la más amplia libertad de pensamiento, discusión y trabajo, dentro de la Universidad. Ningún profesor fue removido por su filiación política, ni hubo discriminación ideológica entre ellos. Tanto es así, que muchos académicos de la Universidad, que durante esa época ejercieron con entera libertad sus funciones de investigación y enseñanza y que siempre fueron duros críticos de la Rectoría, son hoy personeros importantes al servicio de la Junta Militar.

Otra ha sido, lamentablemente, la suerte de los profesores que entonces convivieron con aquéllos, pero que hoy, por razones políticas e ideológicas han sido marginados de la Universidad o han corrido un destino más dramático y doloroso.

Ahora bien, qué significado tuvo, y qué valor tiene hoy la experiencia de la Reforma, para los estudiantes de la época, que hoy son hombres formados y viven el tiempo más pleno de la vida. Ninguno de ellos podrá negar, si tiene clara su mente y limpia su conciencia, que la Reforma permitió el más amplio desarrollo del movimiento estudiantil. Dentro de la Universidad convivieron, y sus derechos fueron plenamente garantizados, gremialistas, nacionales, demócratacristianos y corrientes representativas de los más variados grupos de izquierda.

Dirigentes estudiantiles de la época, que a su manera sentíanse gremialistas y no políticos, forman parte hoy del mundo político, académico y económico oficial. Se formaron en la Universidad de la Reforma y pudieron inspirarse en sus maestros, que ejercían libremente la cátedra y la política. Los dirigentes estudiantiles que impulsaron la Reforma y que a su manera se sentían universitarios y políticos, integran hoy la masa de chilenos excluidos del quehacer público, marginados del mundo académico y muchas veces perseguidos por sus convicciones e ideales.

Sin embargo, esos perseguidos de hoy son los mismos alumnos que encendieron la mecha para provocar la Reforma; tal vez porque eran más jóvenes, quizás por sus compromisos cargados de

generosidad y, también, porque poseían la audacia de la hora y la lucidez para hacerse responsables, dieron el primer paso y abrieron las primeras compuertas. Quién pudiera creer que esos atributos, esas acciones serían los motivos para la marginación y el estigma.

Ellos hablaban de democratizar el poder en la Universidad y de la necesidad de hacer ciencia en los claustros. Pensaban que ya no era suficiente formarse como profesionales, si no poseían conciencia de sus deberes con el pueblo y sentían que había llegado la hora de abrir las universidades al país. Fueron los estudiantes los que primero en Valparaíso, luego en Santiago, a través de todas las facultades, escuelas e institutos irrumpieron un día y conmovieron al país.

Después vino el tiempo luminoso en que los alumnos podían pertenecer, con integridad y sin ocultamientos, a cualquier partido político y participar sin restricciones en actividades artísticas, religiosas y culturales. Se podían agrupar en sus centros de alumnos y elegían a sus dirigentes, sin que nadie interviniese en su vida estudiantil.

El producto humano —si así lo pudiésemos definir— de esos años, ha mostrado y demostrado el valor y nivel de su formación.

¿Quién pudiera negar el alto grado de desarrollo en la formación global? ¿Quién negaría la cantidad y la calidad del conocimiento científico en sus respectivas disciplinas? ¿Quién no queda sorprendido ante la capacidad para expresar y convencer acerca de sus ideas; acerca de la lucidez para conducir el desarrollo de sus propósitos políticos y económicos? Quién pudiera, digo, negar esos valores a muchos de esos estudiantes de la década del 60 y años posteriores, que hoy se encuentran ubicados entre las más altas jerarquías del equipo que nos gobierna. Nos basta recordar algunos nombres, tal vez los de Jaime Guzmán, Miguel Kast, Hernán Larraín, Ernesto Illanes, Alberto Hardensen, etc. Todos ellos, miembros del Consejo Superior de la Universidad, para dejar constancia de la validez de lo que estoy expresando. Pero también debiéramos recordar otros muchos nombres, que prefiero guardar en silencio y que hoy en la sombra, a sobresaltos y muchas veces con justificado temor, desde el exilio, o desde algún centro de reflexión intelectual, demuestran hoy la calidad y la trascendencia cultural que tuvo la formación de la juventud en el tiempo de la Reforma.

Pienso, y tal vez conmigo todos los estudiantes de esa generación —los que compartieron con nosotros esa tarea y los que fueron nuestros adversarios— que son simples calumnias los denuestos y diatribas que se lanzan desde El Mercurio y otros medios de publicidad, sobre la inmensa obra



realizada por nosotros, en el plano de la educación y de la cultura.

Es propio de la ceguera de algunos hombres, no reconocer el legado del pasado, pero es simplemente expresión de pequeñez espiritual atacar la herencia que no se ha sabido ni podido administrar. Nosotros jamás renegamos del pasado de la Universidad que recibimos, así como jamás negamos nuestras dificultades y tropiezos y, cuando así ocurrió, reconocimos que vivíamos momentos en que la convivencia democrática se hacía cada vez más difícil.

Hace algún tiempo contestando a El Mercurio sus reiterados ataques a la Reforma Universitaria, escribí a este respecto al Director —el que por cierto no publicó mis palabras— lo siguiente: “Es evidente que la Reforma trajo consigo problemas difíciles y que la situación del país durante esos años de dura lucha repercutió asimismo en los claustros. Tuvimos que dirigir la Institución en medio de una sociedad cargada de conflictos. A ratos la convivencia universitaria se volvió áspera y entonces el argumento razonado fue sustituido por la consigna apasionada. En esos momentos, hubo que optar entre las propias convicciones democráticas y la tentación de recurrir y propagar el empleo de la fuerza”. “Yo fui consciente de los riesgos de mi opción personal: como Rector, como cristiano y como hombre comprometido con la democracia, era mi deber luchar por el orden de la Universidad sin alterar su esencia, sin recurrir a las medidas de fuerza y sin coartar la libertad de cada uno, en que se funda la libertad de todos. La tragedia que ha vivido y que vive este país me confirma hoy en la opción de entonces, pues aquí se ha pretendido construir un país bajo el imperio de la fuerza, y separando a los chilenos, violentando su conciencia y su libertad de expresión, y jamás como ahora el orden social alcanzado ha sido más frágil, más artificial y menos humano”.

“Pienso que a Chile le esperan años difíciles. Pienso que cada día son más los que comparten esta dolorosa convicción. No se siembra el odio impunemente, ni se cultiva la fuerza sin que ella crezca como una maledad en los resquicios de la sociedad.

Pero veamos, finalmente, qué significa toda esta dramática experiencia para la juventud de hoy. Para aquellos que entonces eran niños pequeños llevados de la mano de sus padres a la escuela básica. Pero que son los mismos que están aquí esta tarde y que asisten regularmente a la Universidad. A esa Universidad ordenada y autoritaria; a esa Universidad que presiona para que todo el tiempo —el útil y el destinado al ocio y al descanso— sea enteramente consumido, en pruebas continuadas y exigentes, en calendarios rigurosos y apretados de clases, en

permanente y obligada lectura individual que contribuye al aislamiento y a la soledad; sin dejar un tiempo para la recreación, para el intercambio de ideas, para los foros y debates, para aprehender y sentir el arte y otras disciplinas del quehacer humano.

Aquéllos y ustedes que pertenecen a esta Universidad, que les niega la participación en las decisiones y les niega la palabra para expresar sus anhelos, viven una peligrosa etapa de su formación. Tan peligrosa que ha sido aclarada y denunciada por quien tiene parte de responsabilidad en este proceso, pero que a su vez el pasado lejano se le hace presente en su memoria y lo obliga a decir, “actualmente la participación del movimiento estudiantil es débil y en muchos casos ni existe, ya que hay autoridades que consideran que no es necesaria y les acomoda prescindir de ella. No les provoca muchas inquietudes y es así como va desapareciendo el movimiento estudiantil”. Actualmente “la formación es profesionalizante, tremendamente racionalista, impersonal, tiende a lo memorialista y hay una deformación de títulos profesionales”. Hernán Larraín, autor de estas palabras, reconoció que en la Reforma de 1967 hubo un impulso por parte de los estudiantes que degeneró —según él— siguiendo el camino del país en ese entonces.

Lo que muchos pensamos que está ocurriendo en Chile, cuyas consecuencias avizora Hernán Larraín, significan la posibilidad de que la juventud universitaria de hoy exprese en los años venideros, toda la pasividad intelectual que las autoridades de hoy pretenden inculcar en la mente de Chile, para hacer más duradero el proyecto cultural, político y económico.

Sin embargo, por algo estamos hoy de fiesta y celebramos un pasado que no agoniza. Sus mensajes y consignas no se han filtrado en el alma del pueblo y en el espíritu de la juventud.

Es cierto que en la Universidad hay silencio; que los ojos están cerrados y que el oído parece no escuchar. Sin embargo, al interior hay vida y fuera de los claustros, en lugares como éste, en la Parroquia Universitaria, hay cientos de jóvenes, que fundidos e inspirados en la palabra del Evangelio, van tras el Padre Percival Cowley, quien, como maestro, mantiene vivo lo que otros quieren matar.

La Academia de Humanismo Cristiano, como muchas otras organizaciones y centros de reflexión, mantiene abiertas las puertas al pensamiento y a la palabra.

Aquí y allá hablamos; abrimos nuestros ojos y escuchamos la palabra y el canto.

Palabra y canto que nos inspira y nos mueve al optimismo, a la fe y a la esperanza. ■